

POIÉSIS

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

EL NIÑO, SU SEXUALIDAD Y LA ESCUELA

Cruz Elena Vergara M.

Psicóloga egresada y docente de la FUNLAM

“A la par que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento, entre los tres y los cinco años, se inicia en él también aquella actividad que se adscribe a la pulsión de saber o de investigar”. (FREUD. 1905)

Hoy, al igual que en anteriores encuentros, es mi interés particular, reflexionar en torno al lugar del maestro en el desarrollo psíquico de los niños. En esta ocasión pretendo brindar elementos que permitan comprender al niño desde su condición de ser sexuado.

Para tal fin, iniciaré haciendo una breve referencia a Freud, en tanto con él la concepción de niño cambia; pasa de ser considerado un ser asexual, a ser concebido como sujeto sexuado, y esto tiene consecuencias para él, los padres, la escuela y la sociedad.

Con su texto sobre tres ensayos para una teoría sexual, Freud rompe con la concepción angelical, pura e inocente que hasta entonces (1905), se tenía del niño.

En este texto se inicia una explicación sobre el desarrollo libidinal y la manera como los seres humanos ordenan su vida sexual a partir del primado de los genitales, ubicando tal ordenamiento en la época más temprana de la vida: la infancia (entendida ésta no como una etapa sino como un estado).

Dice Freud que es la pulsión la que propicia el ordenamiento de la sexualidad humana y para ello establece la diferencia con el instinto (conceptos que aun hoy se usan sin distinción alguna para referirse a la sexualidad como una necesidad biológica).

Siguiendo la enseñanza de Freud, podemos decir que la pulsión designa un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, así lo propone Pul Verhaeghe, en su *texto El amor en los tiempos de soledad* (2001); dice el autor que durante mucho tiempo la moda asimiló la pulsión sexual al instinto, que el sexo era considerado de igual modo que la necesidad de comer, beber, dormir...

Establecer la diferencia entre instinto y pulsión, ha sido complejo. Para tal fin el psicoanálisis ha recurrido a ilustrar tal diferencia, partir del modo como los animales y los humanos se conducen en su sexualidad.

Se habla de instinto en los animales, en tanto en éstos no hay una elección sexual causada por un objeto en particular, basta con detectar un olor, un color o un movimiento en la hembra, para que el macho se de a la tarea de copular con ella, sin hacerse preguntas por el acto, por la hembra, por el color de sus ojos, su cabello, etc, o por él mismo; cosa que si ocurre en los seres humanos.

Podemos decir que hasta aquí en ese empuje que emana del cuerpo en animales y en humanos, la cosa ocurre de modo similar, no obstante aunque tanto el instinto como la pulsión buscan satisfacerse (meta) el modo de lograrlo marca una clara diferencia.

Para lograr la meta, se hace necesario contar con una elección de objeto, lo que corrobora que en efecto, los seres humanos nos conducimos de manera distinta a los animales. El objeto que permite la satisfacción de la pulsión no se mantiene fijo, no es el mismo; todos en su momento hacemos una elección particular de objeto y podemos a su vez variar, cambiar el objeto elegido por otro.

Esta variada elección de objeto, es lo que lleva a Freud a caracterizar a la pulsión sin objeto fijo, y por tanto considera que es en la infancia donde la sexualidad adquiere en pleno una variedad tal de objetos pulsionales, que nombra como perversa polimorfa a la sexualidad infantil, aclarando que “*tales trasgresiones tropiezan con escasas resistencias porque, según sea la edad del niño, no se han erigido todavía o están en formación los diques anímicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco y la moral*” (Freud. 105 p. 37)

Sobre la edificación de estos diques regresaremos, en el momento de nombrar algo a cerca de la labor del docente de niños. Ahora en breve una síntesis sobre la pulsión: de ésta podemos decir que posee en su consistencia, fuente-empuje- objeto y meta. Del lado de la fuente está la zona erógena (parte del cuerpo sensible de ser estimulada por un objeto), caracterizada por poseer un impulso (empuje-fuerza) que la lleva a buscar ser satisfecha. Del objeto, podemos decir que es variado, que puede derivar del propio cuerpo (auterógeno), o devenir de otro sujeto o del medio. De la meta diremos que siempre es la satisfacción misma, la cual se obtiene de diversas maneras. Una de ellas por no decir la única es el síntoma.

Con el síntoma hombres, mujeres, niños, adolescentes, todos resolvemos el malestar que nos produce la presencia de la pulsión, esa carga libidinal que empuja por salir, y que lo logra como sea, manifestándose de manera diversa en todos los sujetos, en los niños por ejemplo se presenta bajo la máscara de los famosos trastornos escolares: la hiperactividad, la ansiedad, la desmotivación escolar, entre otros.

Parece incomprensible que con el síntoma resolvamos lo que resulta difícil de tramitar a nivel subjetivo, pero la experiencia del psicoanálisis así lo deja ver, es el síntoma una salida para hacerle frente a la represión psíquica necesaria para hacer vida social, *los síntomas son la práctica sexual de los enfermos*, dice Freud en tres ensayos para una teoría sexual de los neuróticos.

Bien, ahora retornemos al propósito del presente escrito, tratar de acercarnos a los niños en tanto reconocemos en ellos la existencia de la pulsión y por ello les consideramos sujetos sexuados.

Freud señala, que en la vida sexual infantil predominan las zonas erógenas (oral, anal, fálica), y que en un comienzo la sexualidad se caracteriza por ser autoerógena, lo que no excluye la emergencia de tendencias orientadas hacia objetos sexuales exteriores, caracterizadas por la insistencia del niño a la contemplación y la crueldad.

He sabido de niños pequeños que en un *arrebato* de alegría o molestia, dan muerte a un pollito, muerden a un amigo, atacan al perro de la familia etc.

Con relación a lo anterior Freud plantea que *“la crueldad es algo que forma parte del carácter infantil”* (Freud. 105. p. 799). No obstante, por ser propio de lo infantil no hay que ignorarlo, como es usual en la práctica educativa escolar y familiar.

En consulta psicológica y en los espacios escolares, se aprecian posiciones permisivas frente a hechos como los enunciados, de manera que los niños son eximidos de su responsabilidad ante sus actos, justificados en un “es normal por la edad”. La compasión por el otro, no se logra en tanto no se establezcan los límites psíquicos (diques), que permitan tener compasión por el sufrimiento del otro. En tanto el asco, la vergüenza y la duda no hacen objeción al deseo pulsional de obtener placer, el niño se conduce sin represión alguna.

En esta vía encontramos también expresiones sexuales dirigidas al Otro de la ley, donde se logra la ganancia de placer en actos cotidianos como por ejemplo la evacuación o retención de las heces.

Es pues el control de esfínteres otro instante importante para la organización sexual del infante. En el desarrollo sexual infantil, durante el momento denominado anal, Freud plantea que se ubica en el psiquismo del niño la posición masoquista o sádica, lo cual va a tener consecuencias importantes para el proceder sexual en la vida adulta. Recordemos que en todo sujeto existen rasgos perversos, que posibilitan el goce sexual, sin corresponder a la perversión como estructura (esto ya sería tema para otra oportunidad).

A la par con la evacuación o retención de los esfínteres, emergen comportamientos que dan cuenta de la tendencia en los sujetos a la exhibición y la crueldad, mostrando que aun los diques de la represión no han conseguido ponerle límite a la pulsión, dice Freud (1905.) sobre estos que *“El niño carece en absoluto de pudor y encuentra en determinados años de su vida un inequívoco placer en desnudar su cuerpo, haciendo resaltar especialmente sus órganos genitales”*.(p.798).

Este es otro asunto que inquieta a padres y maestros, la tendencia de los niños a dejarse ver desnudos, a espiar y a indagar abiertamente por los enigmas de la sexualidad humana. Ante esto ya Freud, en 1907 hace su aporte a la educación, con un pequeño texto, titulado “el esclarecimiento sexual del niño”.

Freud propone que a los educadores les debería corresponder el esclarecimiento sexual de los niños y deberían ellos ocuparse de estos asuntos de igual forma que se ocupan de los saberes de la ciencia. Dice Freud:

“pienso que no existe fundamento alguno para rehusar a los niños el esclarecimiento que pide su apetito de saber. Por cierto que si el propósito del educador es ahogar lo más temprano posible la aptitud de los niños para el pensar autónomo, a favor de tan preciado “buen juicio”, no puede intentar mejor camino que despistarlos en el campo sexual y amedrentarlos en el religioso” (FREUD, 1907. P. 120).

Insiste Freud en que no hay nada que haga posible domeñar en los niños la pulsión y el deseo de saber sexual. Negar la presencia de la pulsión sexual en los niños, sería negar que en la infancia, ya los niños experimenten los sentimientos más profundos del encuentro con el amor y la sexualidad, en ellos existen la ternura, la sensualidad y los celos, sentimientos que indican que en efecto la sexualidad humana tiene sus raíces en la infancia y que en los niños ya hay presencia de deseo sexual, el mismo que le acompañará en sus elecciones amorosas, sociales, escolares, etc.

Para terminar una anotación sobre la función del maestro, quien en más de las veces se presenta como un conocedor del desarrollo infantil basado en las teorías evolutivas, privilegiando el organismo biológico al ser psíquico. Es mi parecer, a partir de mi experiencia, que si un maestro logra reconocer en

este periodo infantil, el deseo del niño por saber de lo sexual, podrá encontrar una puerta pedagógica que permita que desde su función magistral, acerque al niño al descubrimiento de los enigmas de la sexualidad y a su vez propicie el encuentro con el saber sobre las ciencias.

Este reconocimiento de la sexualidad en el niño, abre la mirada sobre un niño ubicado en el lugar de sujeto; ahora la mirada se posa no sobre el niño como un adulto en miniatura, ni como una persona en crecimiento. La mirada sobre el niño freudiano es una mirada que permite acceder al sujeto del lenguaje, al sujeto del inconsciente y no al individuo biológico, a quien para educarle hay que asignarle un orden cronológico, dejando en el desarrollo biológico las pautas para la enseñanza de las ciencias y los límites sociales y morales.

BIBLIOGRAFIA.

FREUD, Sigmund. (1905) Una teoría Sexual. Obras completas. Vol I. Madrid : Biblioteca Nueva, 1968.

----- (1907) "El esclarecimiento sexual del niño". Tomo IX, Ed. Amorrortu, Bs. Aires, 1992.

Pul Verhaegthe. (2001). El amor en los tiempos de soledad. Paidós: Buenos Aires.